

tianismo una condición de salvación. Y se preguntará cómo se puede llamar cristiano y por qué ataca á Rousseau, pensando como los filósofos. Pues es que el cristianismo es una cosa muy elástica en manos de los protestantes; nuestro ministro sostiene que Jesucristo no enseñó jamás la doctrina que se le atribuye, y para probarlo no le faltan textos, sólo que los interpreta á su manera (1). Dejemos los textos á las disputas de las sectas y veamos lo que viene á ser el cristianismo. Es evidente que deja de ser una religión milagrosamente revelada; porque ¿para qué había de haber encarnado Dios sino para salvar á los hombres? Y si se pueden salvar fuera de la religión que él ha fundado, ¿por qué ha venido á predicarla? ¿Á qué vienen los milagros de la concepción, del nacimiento, de la vida y de la muerte de Jesucristo? Hé ahí lo que Lutero y Bossuet preguntaban á Zuinglio, que tuvo la impertinencia de abrir las puertas del cielo á los grandes hombres del gentilismo. Un filósofo encontraría algo que responder; pero para que un cristiano encuentre salida á esa cuestión embarazosa es preciso que sea próximo pariente de los filósofos.

Y tal es nuestro ministro calvinista, el cual trata de *ignorantes* á los que pretenden que no hay más que una verdadera religión, y dice que es una *blasfemia* el sostener que no haya salvación fuera de una sola Iglesia. Bajo el punto de vista de la filosofía, es evidente que tiene razón: los mismos ortodoxos se horrorizan hoy de que se diga que su fe conduce á la terrible consecuencia de que Dios castiga á los hombres por una ignorancia involuntaria, y acusan á los libres pensadores de que calumnian al cristianismo, asegurando que jamás la Iglesia ha profesado esa doctrina. Nuestro ministro calvinista añade que era preciso ser un *fanático imbécil* para creer semejante estupidez (2). Pues bien, entre esos *fanáticos imbéciles* se encuentra San Agustín, que enseña sin vacilar que los infernales están condenados á la muerte eterna; entre estos *fanáticos imbéciles* se encuentra *Bossuet*, que enseña la condenación de los niños muertos antes de ser bautizados. ¡Cuántos *fanáticos imbéciles* po-

(1) *Examen critique de la 2.^a partie de la profession de foi du vicaire saboyard*, por A. J. R., *pasteur à Londres*, 1776, p. 150.

(2) *Examen critique de la 2.^a partie de la profession de foi du vicaire saboyard*, por A. J. R., *pasteur à Londres*, 1776, páginas 131-150.

díamos citar que participan de esas horribles creencias!

El ministro calvinista está bien persuadido de que esta doctrina es ajena al cristianismo. Su maestro Calvino estaba muy convencido de lo contrario. ¿Quién tiene razón? Para el que tiene ojos y quiere ver, es evidente que el cristianismo no es ya lo que en otro tiempo. San Agustín ¿no era cristiano? Y, sin embargo, hoy es rechazada á porfía su doctrina por los reformados y por los católicos; ¡y esto tratándose del dogma fundamental del cristianismo, del pecado original! Luego es posible creer acerca del pecado original las cosas más contradictorias y ser, sin embargo, cristiano ortodoxo. En el seno de la Reforma todavía sucede más. Hay calvinista que llama á Calvino fanático imbécil, y hay luteranos que escuchan á la razón, á la cual Lutero llamaba la prostituta del diablo. ¿Cuándo, pues, serán los hombres más francos en sus opiniones? Que sigan llamándose cristianos, pase; pero que confiesen al menos que su cristianismo no es ya el del Evangelio, como no lo es el cristianismo de San Pablo, ni el de Agustín, ni el de Calvino, ni el de Lutero; aquél es un cristianismo progresivo que, en su último límite, ya no difiere de la filosofía más que en el nombre; un cristianismo que cuenta entre sus padres á Rousseau y al mismo Voltaire.

§ IV.—Los materialistas.—Diderot.—Helvetius.—D'Holbach.

N.º 1.—*El ateísmo y el Dios de la teología.*

I

En el siglo pasado había libres pensadores de peor reputación que Voltaire y que Rousseau. Se los llama materialistas y ateos. ¡Cosa notable! El ateísmo es hoy el gran crimen que se imputa á Diderot, á Helvetius, á d'Holbach, siendo así que éstos se preciaban de ello. Hume, el célebre escéptico, estando en Francia, pasó, lo mismo que Voltaire, por un devoto, porque era deísta. Escribió á un amigo suyo que podía decir á los reverendos padres de Escocia que no había encontrado deístas en París, por la sencilla razón de que todo el mundo era ateo. Á fin de comprender si el ateísmo es un crimen ó un título de gloria para los enciclo-

pedistas, es preciso examinar en qué sentido eran ateos, porque hay diversas clases de ateísmo. Un ilustre filósofo hace observar que se ha abusado de una manera extraña de la censura de ateísmo, prodigándola á todos aquellos que no participan de la opinión corriente acerca de Dios. Hegel tiene razón; los cristianos fueron llamados ateos por los paganos; los libres pensadores del siglo XVI pasaron por ateos, y más de uno pagó con su vida ese crimen imaginario; en el siglo XVII, Pascal fué clasificado entre los ateos por un sabio jesuita. Contando de este modo, había más ateos que deístas. Por último, en nuestros días se lanza esa acusación contra todos los que niegan la divinidad de Jesucristo y contra los que no admiten un Dios personal: panteísmo y ateísmo son lo mismo para los ortodoxos. Hé aquí una porción de especies de ateos. ¿En qué categoría debemos clasificar á los filósofos materialistas del siglo pasado?

Hegel responde á esta pregunta diciendo que los Diderot, los Helvetius, los d'Holbach eran panteístas á la manera de Espinosa más bien que ateos. En este caso no se los puede llamar ateos, como tampoco á Espinosa: rechazaban el concepto que el vulgo formaba de Dios; esto es todo lo que puede decirse, comprendiendo en ese vulgo á los teólogos. Antes de condenar á los más libres pensadores del siglo XVIII, continúa Hegel, conviene examinar cuál es la religión que atacaban con todo el furor propio de los Galos. El filósofo alemán condena esta religión con una energía y con una rudeza de lenguaje que no le es habitual: era, dice, la *mentira absoluta*. "No había ya en la Iglesia ni doctrina ni costumbres, ni nada más que codicia, desorden y crápula. ¡Y ese cadáver de religión pretendía imponer su vacío á los pensadores como la *verdad absoluta*! ¡Y se acriminará á los filósofos por haber destruido el imperio de la superstición, unida á la hipocresía y á la estupidez! ¿No era este el primero de sus deberes? Aun cuando no hubieran hecho más que demoler, deberíamos elogiarlos." (1). ¿Es fundada la opinión de Hegel? Los libres pensadores mismos nos dirán lo que pensaban.

Voltaire ha comparado á Diderot con Espinosa. Los libres pensadores dicen que esto es hacer demasiado honor al jefe de los enciclopedistas. En-

(1) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 514, 515.

tendámonos. En Espinosa domina la inteligencia en términos que se le podría definir llamándole pensamiento puro; en Diderot domina la imaginación. El uno es un geómetra, el otro es un poeta, y no puede decirse que un geómetra sea superior á un poeta, ni que un poeta sea superior á un geómetra. No se trata de apreciar la grandeza del genio, sino su tendencia, y ésta es idéntica, sin género de duda: Espinosa ha llegado al panteísmo por medio de las abstracciones de la razón; Diderot había nacido panteísta, á la manera de los grandes artistas que, sintiendo la presencia de Dios en toda la naturaleza y en todos los seres, confunden fácilmente la naturaleza y los seres con Dios. El alma ardiente y expansiva de Diderot se ahogaba en la estrecha iglesia de las sectas cristianas: "Los hombres han desterrado de su alrededor á la divinidad, dice; la han relegado á un santuario. Destruid esos recintos, *agrandad á Dios, vedle en todas partes donde está ó decid que no existe*. Si yo tuviera que educar un niño, le haría sentir una compañía tan real de Dios, multiplicaría tanto en su derredor los signos indicadores de la presencia divina, que le acostumbraría á decir: éramos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo." (1). *Aggrandad á Dios*: todo Diderot está en esta frase: es el germen de su panteísmo. Es posible ciertamente agrandar á Dios sin perderse en ése fatal error; pero la mesura no era el distintivo de Diderot, cualidad única que le faltaba para ser el genio más grande del siglo XVIII. Se lanzó por completo en ese océano divino que lo absorbe todo, el mundo y el individuo. Escribe á Voltaire que los seres espirituales y corporales son el compuesto del universo, y que el *universo es Dios*. Lo infinito absorbe en tales términos todo cuanto existe, que solamente él tiene una existencia real: excluye á todo otro ser que no sea él; no hay más que ese inmenso pólipo, como dice Diderot, del cual no somos, lo mismo que todos los seres, más que divisiones ó miembros: "El mundo, semejante á un gran animal, tiene un alma; es infinito, y el alma del mundo es infinita, todo es Dios."

Hé aquí el panteísmo, no el panteísmo que niega á Dios, diciendo que el mundo es Dios, sino el panteísmo que absorbe el mundo en Dios. La dife-

(1) Estas citas las tomamos de DAMIRÓN, *Mémoires pour servir à l'histoire de la philosophie du dix-huitième siècle*, t. 1, página 272 y siguientes.

rencia es inmensa; en la primera doctrina ya no hay Dios; en la segunda no hay nada más que Dios. Se acusa á Diderot de ser materialista; si por esta denominación se entiende un pensador que no ve nada más que materia en el mundo, sin alma, la acusación no puede ser más injusta, puesto que concede un alma, no solamente á todos los seres, sino á los objetos del mundo físico, aun á los más inertes, hasta á las piedras, y trata de demostrarlo filosóficamente: "Hay dificultad para admitir, dice, que la sensibilidad sea una propiedad esencial de la materia, porque resultaría la consecuencia de que hasta las piedras sienten, lo cual se hace difícil de creer. Acaso para el que la corta, la labra, la tritura y no la oye quejarse. Pero ¿hay verdaderamente diferencia en el fondo entre el hombre y la planta, el mármol y la carne? No, como no la hay entre la materia que se mueve y la que no se mueve, pero tiene en sí el movimiento. Si no es un filósofo el que esto dice, ó si la filosofía que enseña es falsa, menos aún es un ateo. El panteísmo no es una doctrina para Diderot, es un sentimiento, una religión. Un día paseaba por el campo con su amigo Grimm; había cogido una coronilla y una espiga, y parecía interrogar á su corazón: "¿Qué hacéis? le dijo Grimm.—Estoy escuchando.—¿Quién os habla?—Dios.—Y ¿qué dice?—Habla en hebreo.—El corazón lo comprende, pero la inteligencia está á mucha distancia."

Decir que los artistas son ateos es calumniarlos ó no comprenderlos; se puede afirmar que eso es imposible: pero no se les debe pedir una definición filosófica, porque responderían, como Diderot, que todo es Dios. Es una doctrina falsa, si es que merece llamarse doctrina. La vida individual desaparece, es absorbida por el todo divino: "¿Qué queréis decir con vuestros individuos? exclama Diderot. No los hay, no los hay; no hay más que un solo gran individuo, que es el todo. En este todo, como en un animal ó en una máquina, hay partes que se llaman tales ó cuales; pero cuando se da á estas partes el nombre de individuos, es una concepción tan falsa como si en un pájaro se diese el nombre de individuo al ala ó á una pluma del ala. ¿Qué es un ser? Un cierto número de tendencias. ¿Puedo yo ser otra cosa que una tendencia? No; me dirijo á mi término. ¿Y la vida? Un sentimiento de acción y de reacción; vivo, obro y reobro en masa; muerto, obro y reobro en moléculas. ¿Es de-

cir que no muero? Indudablemente. Nacer, vivir y morir es cambiar de formas. Y ¿qué importa una forma ú otra? No parece un brahmán? Esto no es un elogio, ni mucho menos una aprobación. Hemos rechazado el error del panteísmo en cuanto se nos ha presentado en la historia; lo condenamos en los filósofos franceses lo mismo que en los Indios, lo mismo que en los socialistas. Sin embargo, no es igual ser panteísta que ser ateo. ¿Cómo puede acusarse de ateísmo á pensadores artistas que ven á Dios en todas partes, hasta en una flor ó en una piedra?

Diderot es una figura aparte en el siglo XVIII; es una naturaleza de poeta, al paso que sus amigos, los Helvetius, los d'Holbach, eran dialécticos, por mejor decir, hombres del mundo que no se hicieron escritores más que por oposición, por odio al cristianismo; son verdaderos sectarios. Sin embargo, ¡cosa notable!, están conformes con Diderot respecto del concepto de Dios, si pueden llamarse así sus vagas aspiraciones. Helvetius dice que la inteligencia suprema es inseparable de toda la naturaleza. No dice que toda la naturaleza es Dios, sino que la universalidad de las cosas emana de él, lo cual es casi equivalente. Y las consecuencias son también idénticas: "Toda la materia es viva, dice, no hay más que materia viva en el sistema material. La materia no puede perder su vida ni su organismo. Cuando un todo orgánico y vivo se disuelve en otros cuerpos orgánicos y vivos, no hay después de esta disolución materia muerta como no la había antes; nunca muere la menor partícula de materia en estas composiciones ó descomposiciones. El paso de la materia del estado de vida al estado de muerte y su regreso del estado de muerte al estado de vida no pueden tener lugar, porque, siendo la vida esencial á la materia, siempre se conserva viva, y solamente cambia de forma y de combinación. Es decir, que no hay destrucción en la naturaleza, sino una metamorfosis continua," (1).

D'Holbach es considerado como el ateo por excelencia; es el autor del *Sistema de la naturaleza*, y basta. En él se predica el ateísmo en todas las páginas; pero este ateísmo, ¿no será el de Diderot? Garat, amigo de ambos, refiere una anécdota curiosa acerca de la filiación intelectual que existe en-

(1) HELVETIUS, *les Progrès de la raison dans la recherche du vrai* (Œuvres, t. 1, p. 356, 391, edit. in-8).

tre Diderot y d'Holbach. El que hoy es condenado como ateo fué por mucho tiempo adorador de Dios, y profesaba su deísmo con igual ardor y el mismo celo de propaganda que empleó más tarde en su panteísmo (1). "Perseguía la incredulidad de Diderot hasta en los talleres en que el editor de la *Enciclopedia*, rodeado de máquinas y de obreros, escogía para el gran diccionario los dibujos de todas las artes. Apoyándose en aquellas mismas máquinas, en las que brilla un espíritu tan fértil en creaciones, d'Holbach preguntaba á Diderot si podía dudar de que hubiesen sido concebidas y trazadas por una inteligencia." Diderot no se sometía á esta demostración tan evidente. Entonces su amigo, deshecho en lágrimas, caía á sus pies. Se ha dicho de San Pablo que, siendo perseguidor cuando cayó, fué apóstol cuando se levantó. Aquí sucedió lo contrario: el deísta, que cayó de rodillas para convertir al ateo, se levantó hecho ateo. Diderot es, pues, el maestro del barón d'Holbach, más aún: es su colaborador y su cómplice. Él mismo cuenta que d'Holbach le llevaba por la tarde sus borradores, y volvía al día siguiente á recogerlos revisados y corregidos; más de una página del *Sistema de la naturaleza* es de la mano de Diderot (2).

Escuchemos por un momento al discípulo más ferviente de Diderot: al mismo que había objetado á su maestro que no hay efecto sin causa, y que el mundo, lo propio que las máquinas, no se había hecho á sí mismo, y al que sin duda convirtió al ateísmo la respuesta que dió á su objeción Diderot: "El mundo, le dijo, no es un efecto, no es una obra, es una causa; ha sido siempre, y es causa de sí mismo. La naturaleza, cuya esencia consiste en obrar y producir, no necesita de un motor invisible para desempeñar sus funciones, tal como lo verifica á nuestra vista. La materia se mueve por su propia energía, la diversidad de los movimientos ó maneras de obrar es lo que constituye la diversidad de las materias." ¿Qué es esa naturaleza siempre activa y siempre viva? ¿No es nada más que materia? ¿No da más que fatalidad ó acaso? D'Holbach habla de la *naturaleza* como Espinosa hablaba del *ser universal*: "La naturaleza es una

palabra de que nos servimos para designar el conjunto inmenso de los seres, de las materias diversas, de las combinaciones infinitas, de los movimientos variados que presencian nuestros ojos. Todos los cuerpos, ya organizados, ya inorgánicos, son resultados necesarios de ciertas causas hechas para producir necesariamente los efectos que vemos. En la naturaleza nada puede hacerse al acaso; todo sigue en ella leyes fijas. Y estas leyes no son más que el enlace necesario de ciertos efectos con sus causas. Atribuir un efecto al acaso es no decir nada; equivale á decir que se ignoran las leyes por las cuales actúan los cuerpos, se unen, se combinan ó se separan. Todo sucede al acaso para los que no conocen la naturaleza," (1). D'Holbach no ha comprendido la doctrina de su maestro; se atiene á los resultados, y permanece siendo deísta á su pesar hasta cierto punto. Se le había dicho que Dios era una palabra, que *todo es Dios*, y él llama á ese *todo naturaleza*. Pero la naturaleza tiene sus leyes como la creación de los pensadores cristianos. Reemplácese la palabra *naturaleza* con la palabra *Dios*, y se tendrá el teísmo de Voltaire. ¿Por qué se hizo ateo d'Holbach? ¿Por qué no admitían el Dios de la teología ni él ni sus amigos? Este es un punto capital, porque es de advertir que los materialistas, y especialmente los talentos de segundo orden, no tienen más que una doctrina negativa, y es preciso indagar por qué negaban al Dios de los cristianos.

II

«Je veux aimer ce Dieu, je cherche en lui mon père.» (a).

Este verso de Voltaire nos explica el porqué renegaron del Dios de la teología los libres pensadores, y Diderot lo dice terminantemente: "Con el retrato que han hecho del Ser Supremo, de su inclinación á la cólera, del rigor de sus venganzas y de ciertas comparaciones entre el gran número de los que deja perecer y el de aquellos á quien se digna tender su mano, dan tentaciones á toda alma bien nacida de desear que no exista... Si, lo sostengo, la superstición es más injuriosa para Dios que el ateísmo. Más quisiera, dice Plutarco, que no se supiera que ha existido en el mundo Plutar-

(1) DAMIRÓN, *Mémoires sur la philosophie du dix-huitième siècle*, t. 1, p. 118.

(2) DAMIRÓN, *Mémoires sur la philosophie du dix-huitième siècle*, t. 1, p. 118.

(1) *Le Bon Sens*, § 33, p. 29; § 43, p. 36.

(a) Quiero amar ese Dios, y busco en él mi padre.

co, que el que se llegara á creer que Plutarco era colérico, injusto, inconstante, envidioso, vengativo y tal como no quiero ser,, (1). D'Holbach es igualmente explícito: niega la existencia de Dios, porque la teología cristiana da de él una falsa idea. Se lee en las *Cartas á Eugenia* (2): "Las ideas atroces que los sacerdotes se empeñan en imbuirnos acerca de la divinidad son las que obligan á tantas personas honradas á echarse en brazos de la incredulidad., Hemos referido la oración que pone d'Holbach en los labios de un ateo. Los mismos pensamientos reaparecen en el *Militar filósofo*, uno de esos libros anónimos que realmente no tenían autor; eran obra de todo el mundo, en el sentido de que expresaban el pensamiento de todos: "Si, lo repito, más valdría no admitir un Dios que admitir uno que fuese malo, caprichoso, injusto; que exigiese que se le sacrificase la razón que ha dado á sus criaturas para guiarlas, que ahogaran las inclinaciones invencibles de la naturaleza de que es autor, trabajando en hacerse desgraciadas... Los sacerdotes que hacen un Dios bárbaro son verdaderos blasfemadores; ellos son los que obligan á muchas gentes á recurrir al ateísmo para tratar de borrar en su espíritu, si es posible, hasta la idea de un ser en el que no se puede pensar sin temblar. Los sacerdotes son los que hacen la existencia de Dios dudosa y problemática (3).

¿Cuáles son los errores que los ateos echan en cara á la teodicea cristiana? Necesitamos entrar aquí en algunos detalles, porque los incrédulos son en este punto los órganos de la opinión general; expresan tanto el pensamiento de los deístas cuanto el de los materialistas. Hemos oído el desprecio con que Voltaire habla del Dios pan de los católicos; d'Holbach casi no hace más que copiarlo cuando dice: "Las religiones modernas no son más que locuras antiguas rejuvenecidas ó presentadas bajo alguna nueva forma; si los antiguos salvajes han adorado montañas, ríos, árboles, serpientes y fetiches de toda clase; si los sabios Egipcios han tributado homenaje á cocodrilos, á ratones y á cebollas, ¿no vemos hoy pueblos que se creen más sabios que ellos adorando respetuosamente el pan,

(1) DIDEROT, *Pensées philosophiques*, núms. 9 y 12 (*Euvres*, tomo I, p. 106 y siguientes).

(2) Las *Cartas á Eugenia* se encuentran en las obras publicadas con el nombre de *Fréret*, t. I, p. 135.

(3) *Le Militaire philosophe*, p. 185.

al cual se imaginan que los sacerdotes de sus encantamientos hacen descender la divinidad? ¿No es el Dios-pan el fetiché de muchas naciones cristianas tan poco razonables como las más salvajes naciones,, (1).

Los materialistas se paran poco en las simplezas teológicas de la teodicea cristiana é insisten mucho más en la parte moral, lo cual es muy notable en escritores á quienes se acusa de que destruyen por su base la moral; y el Dios que rechazan es el Dios de la predestinación, el Dios de las penas perpetuas, el Dios que condena á la inmensa mayoría de sus criaturas. Más arriba hemos copiado la protesta generosa de Diderot, y su discípulo d'Holbach, insistiendo sobre ese temor, dice que la predestinación es un dogma más bárbaro que todas las invenciones del paganismo: "La teología pagana presentaba á los pueblos en la persona de sus dioses hombres disolutos, injustos, adúlteros, vengativos, que castigaban con rigor crímenes necesarios y predichos por los oráculos. La teología judaica y la cristiana nos presenta un Dios parcial, que escoge, que rechaza, que ama y que aborrece, según su capricho; en una palabra, un tirano que juega con sus criaturas, que castiga en este mundo á todo el género humano por la culpa de un solo hombre, y que predestina á ser sus enemigos al mayor número de los mortales, á fin de castigarlos durante toda la eternidad por haber recibido de Él la libertad de declararse contra Él. De ahí ese océano de absurdos de que está llena la teología cristiana,, (2).

Y esos *absurdos* son al propio tiempo una injusticia que no tiene nombre. En este punto, la conciencia moderna está conforme con aquellos á quienes se acusa de ateos; y no ya los filósofos que rechazan el cristianismo, sino las mismas sectas cristianas rechazan ya el Dios de sus antepasados, al Dios de San Pablo y de San Agustín: "Según las ideas teológicas, dice el barón d'Holbach, Dios sería semejante á un tirano que, habiendo hecho sacar los ojos al mayor número de sus esclavos, los encerrase en un calabozo para procurarse la diversión de observar de *incógnito* por un ventanillo el modo de conducirse de cada uno de aquellos desgraciados, para tener el gusto de castigar cruel-

(1) *Le Bon Sens*, § 120, p. 157.

(2) *Le Système de la nature*, t. II, p. 55, nota (edit. in-8).

mente á todos los que tropezasen y cayesen al andar, al propio tiempo que recompensara espléndidamente al corto número de los que había dejado con vista, por haber tenido la habilidad de no tropezar con sus compañeros. Tales son las nociones que acerca de Dios nos ofrece el dogma de la gracia *gratis data*, (1).

Las consecuencias de esta bárbara teología merecían ser condenadas por los libres pensadores; y aun cuando hoy los apologistas del dogma cristiano dicen que es una calumnia el atribuir á la Iglesia la aserción de que los infieles se condenan, la cuestión es simplemente de palabras; en lugar de *Iglesia* dígame San Agustín y los doctores más autorizados, incluso Bossuet, y con esto la calumnia se convertirá en verdad. ¿Qué opinaban sobre esto los ateos? "El nacimiento del hombre no depende en manera alguna de su elección; no se le ha preguntado si quería ó no venir al mundo; tampoco depende de él el nacer de tales ó cuales padres, ni creemos que dependa de él el abrazar ó no las ideas de sus padres ó maestros; porque si yo hubiese nacido de padres idólatras ó mahometanos, ¿dependería de mí el no ser cristiano? ¡Y, sin embargo, graves doctores nos aseguran que un Dios justo condenará sin piedad á todos aquellos á quienes no haya concedido la gracia de conocer la religión de los cristianos!,, (2).

Los teólogos hablan mucho de caridad, siendo ellos los que han inventado un Dios que condena á sus criaturas. Si la conciencia de todo ser que sienta y piense no se subleva contra semejante idea, habrá que atribuirlo á la fuerza de la costumbre, á que nuestra infancia se mece en el regazo de tan horribles concepciones. Aplaudamos á los incrédulos cuando se rebelan contra semejantes blasfemias, porque son blasfemias. "Si busco en la teología ideas acerca de Dios, dice el barón d'Holbach, Dios no se me presenta sino bajo los caracteres más á propósito para inspirarme horror. Los devotos que decantan su amor sincero á Dios, ó son mentirosos, ó son locos que no ven á su Dios más que de perfil. Es imposible amar á un ser cuyas condiciones son sólo á propósito para producir terror y cuyos juicios hacen estremecer. ¿Cómo contemplar sin alarma un Dios á quien se supone

(1) *Le Bon Sens*, § 62, p. 63.

(2) *Le Bon Sens*, § 80, p. 87.

lo bastante bárbaro para condenarnos?... Ningún hombre del mundo puede sentir la menor chispa de amor hacia un Dios que aplica castigos infinitos por su duración y su violencia á las noventa y nueve centésimas partes de sus hijos.,

D'Holbach hace una crítica severa del dogma de la eternidad de las penas, y así y todo no ha agotado el asunto; pero no hay que perder de vista que habla en nombre del *buen sentido*, y que se dirige al vulgo de los lectores. Y en vano se encogen de hombros los teólogos, dando á entender que aquel ataque es frívolo; la verdad es que ha producido su resultado. ¿Dónde están hoy los defensores del infierno? Oigamos á nuestro ateo, que es en esa parte órgano de la moderna humanidad. "Los inventores del dogma de la eternidad de las penas han hecho de Dios, á quien llaman tan bueno, el más detestable de los seres. En los hombres, la crueldad es el último grado de perversión, y no hay alma sensible que no se conmueva al simple relato de los tormentos que sufra el malhechor más grande; pero la crueldad es más capaz todavía de indignar cuando se la cree gratuita ó desprovista de motivos. Los tiranos más sanguinarios, Calígula, Nerón, Domiciano, tenían por lo menos algunos motivos para atormentar á sus víctimas; por ejemplo: su propia seguridad, ó el furor de la venganza, ó el propósito de aterrar por medio de terribles ejemplos... ¿Puede un Dios tener alguno de esos motivos? Al atormentar coléricamente á sus víctimas, castigaría á seres que no han podido poner en peligro su incontrastable poder ni turbar su felicidad inalterable. Á mayor abundamiento, los suplicios de la otra vida serían inútiles á los condenados, puesto que en el infierno no se convierte á nadie, habiendo pasado ya el tiempo de las misericordias; de lo cual se seguiría que Dios, en el ejercicio de su venganza eterna, no tenía otro objeto que el de entretenerse é insultar la debilidad de sus criaturas. Apelo á todo el género humano: ¿hay un solo hombre en el mundo que sea bastante cruel para querer atormentar á sangre fría, no digo á su semejante, sino á cualquiera ser sensible, sin provecho y sin que tenga nada que temer de él? ¡Oh teólogos! ¡Según vuestros principios, Dios sería infinitamente más malo que el más perverso de los hombres!,, (1).

(1) *Le Bon Sens*, §§ 65 y 66, p. 65-68.